

Bases Para un Programa Cultural

Por RAQUEL CATALA

Este trabajo fué leído por su autora, ante los micrófonos de la emisora RHC-Cadena Azul y es la tercera de las radioconferencias que presenta esa difusora, respondiendo así, a la invitación expresa hecha a los intelectuales cubanos por el doctor Carlos Saladrigas, en su discurso del veintuno de abril

Todo esbozo de un programa de desarrollo cultural ha de basarse en la clara fijación de la finalidad que con tal programa se persigue, vale decir, de la finalidad de la cultura, no en abstracto, sino en cuanto se contrae a un clima social y un momento histórico determinados. Esto impone, como preliminar indispensable, la negación valiente del viejo concepto de la neutralidad de la cultura. La cultura, en sentido genérico, en cuanto significa apropiación de los valores perdurables creados por la especie humana puede, debe ser, lo más amplia posible, hasta el punto de que en ella coexistan elementos aparentemente antagónicos. Pero cada cultura particular, como quintaesencia de los valores espirituales de un pueblo, de una raza, de un grupo, es decir, como adaptadora y asimiladora de valores ajenos y creadora de valores nuevos no puede nunca ser neutral. Necesariamente ha de tener un sentido: el sentido religioso, filosófico, moral en que se orienten las actividades todas de esa colectividad humana. Una cultura puede nutrirse de todas las más diversas fuentes, pero tiene que estar—y de hecho siempre está, por mucho que se niegue—animada de un espíritu encaminada a un fin. Por eso, frente al falso concepto de la neutralidad de la cultura, hay que proclamar su opuesto: la beligerancia de la cultura. La cultura, no sólo como fin en sí misma, sino a la vez como fines ulteriores, que son, la vez como instrumento, como arma para fines interiores, que son, sin duda, la creación de más perfecto, ejemplares de humanidad, y de más perfectas formas de convivencia humana.

Ahora bien: la evolución social y política de los pueblos sigue el camino democrático, socialista. Por tanto, el gobierno como expresión de la mayoría, habrá de procurar que la cultura nacional sea, como fin en sí misma, fiel exponente de nuestra fe democrática, y a la vez, instrumento para la mejor realización de la democracia. Pero los intelectuales que solo merecen este calificativo cuando son la vanguar-

dia ideológica del país, están, en virtud de tal función, obligados a dar el subsiguiente paso adelante: a saturar esa cultura democrática del ideal socialista, a entenderla y emplearla como instrumento de preparación para el advenimiento del socialismo.

II

Al fijar así la dirección democrática y democratizante que deberá seguir todo gobierno cubano—como ha prometido hacerlo el doctor Saladrigas en su discurso del 21 de abril y esperamos que haga buenas sus palabras—, afirmamos que si el presente ideal económico es la superabundante producción y equitativa distribución de las riquezas materiales, el ideal cultural de un gobierno bien orientado de hoy, tiene que ser la suscitación y la universal difusión de todas las riquezas espirituales. Y así como se ha reconocido que no hay libertad civil ni política donde los derechos ciudadanos sean negados a cualquier grupo humano por pretextos de sexo, raza, religión y como vamos reconociendo que no hay libertad ni democracia económicas donde existen hambrientos o simples desempleados, reconozcamos también que mientras en un pueblo haya analfabetos no puede hablarse todavía de democracia de la cultura.

Es, pues, primer punto del programa que sugerimos, una gran campaña contra el analfabetismo, de magnitud como nunca hasta ahora se ha emprendido aquí en la que, si es preciso—y creemos que sí lo es—se movilice toda la buena voluntad ciudadana. Apenas habría hoy un logro más glorioso que anotar a un Gobierno, que el de suprimir totalmente el analfabetismo en Cuba. Para obtener tal re-

sultado puede el Gobierno solicitar la cooperación de todas las instituciones culturales: la de los sindicatos obreros; utilizar como centros de irradiación las escuelas vicorurales; establecer aulas de trabajo nocturno en todas las escuelas públicas; obligar, si es posible, a todos los centros privados de enseñanza a mantener un aula gratuita para analfabetos; emplear, en fin, cuantos medios puedan idearse para dar esa base cultural a nuestro pueblo. Y si se nos dice que nuestra ambición es irrealizable, basta, en respuesta, mostrar los ejemplos triunfantes que nos dan Rusia y China.

III

Puesto que nuestra cultura ha de tener una finalidad, una gran intención suprema, la segunda base del programa es la estructuración del movimiento cultural cubano de modo que llegue a formar con toda la variedad indispensable a las actividades del espíritu, un todo orgánico, en que la labor de cada parte contribuya del modo más eficaz a la realización total.

Para ello, uno de los primeros medios sería la transformación completa de la actual Dirección de Cultura del Ministerio de Educación, que la convirtiera en centro efectivo del movimiento cultural de la nación.

La Dirección de Cultura, asesorada por un Consejo Superior, habría de establecer las relaciones más estrechas con todas las instituciones educativas y culturales del país, tanto oficiales como privadas, a fin de desempeñar, conjuntamente con sus tareas propias, la misión de núcleo orientador suscitador de iniciativas, coordinador de actividades, y proveedor del apoyo necesario en cada caso. Pero ha de entenderse bien que se trata de una función organizadora, nunca de centralización con vistas al establecimiento de una Kultur de tipo estatal. A este fin, la Dirección de Cultura estimulará la creación, en todas las poblaciones de la República, de grupos que actúen como delegados suyos, pero con autonomía fecunda, y cuya misión especialísima será la formulación y satisfacción de las necesidades culturales del lugar y el descubrimiento de los talentos locales, especialmente en las capas populares. Vertebración y descentralización es la doble faz del ideal a realizar.

En cuanto a su funcionamiento, creemos que la Dirección de Cultura debería dividirse en dos distintos sentidos: en cuanto a contenido, y en cuanto a medios de difusión de ese contenido. De una parte, habría secciones de Letras, Ciencias, Artes, con todas las subdivisiones necesarias. De la otra, secciones de bibliotecas, de radio, de teatro, de cine de curso, por correspondencia, de exposiciones, de conciertos, misiones culturales, etc., todas en correlación constante con las secciones del primer tipo, ya que su misión no sería sino la divulgación de lo que las primeras hubiesen acopiado, en formas que en otra oportunidad expondremos, ya que sólo escuetamente han podido mencionarse aquí.

Real mayo 7/44

8.-
4.-
3.-
2.-
1.-

8.-
4.-
3.-
2.-
1.-

3.-
2.-
1.-

3.-
2.-
1.-